

REVISTA

MODERNA

1899

ZR - 3586

Revista moderna

ZR - 3586

Revista moderna



ZR-3586

AGENCIA ESPAÑOLA DE  
COOPERACION INTERNACIONAL  
04 FEB 2010  
BIBLIOTECA HISPANICA  
Hemeroteca

# REVISTA MODERNA

ARTES DE LA GUERRA

## AÑO NUEVO.

El año nuevo se abre con las fiestas de la paz  
y la armonía. El mundo se ha unido en un  
único abrazo de fraternidad y amor. En esta  
nueva jornada...

El mundo entero se ha unido en un  
único abrazo de fraternidad y amor. En esta  
nueva jornada...

El año nuevo se abre con las fiestas de la paz  
y la armonía. El mundo se ha unido en un  
único abrazo de fraternidad y amor. En esta  
nueva jornada...

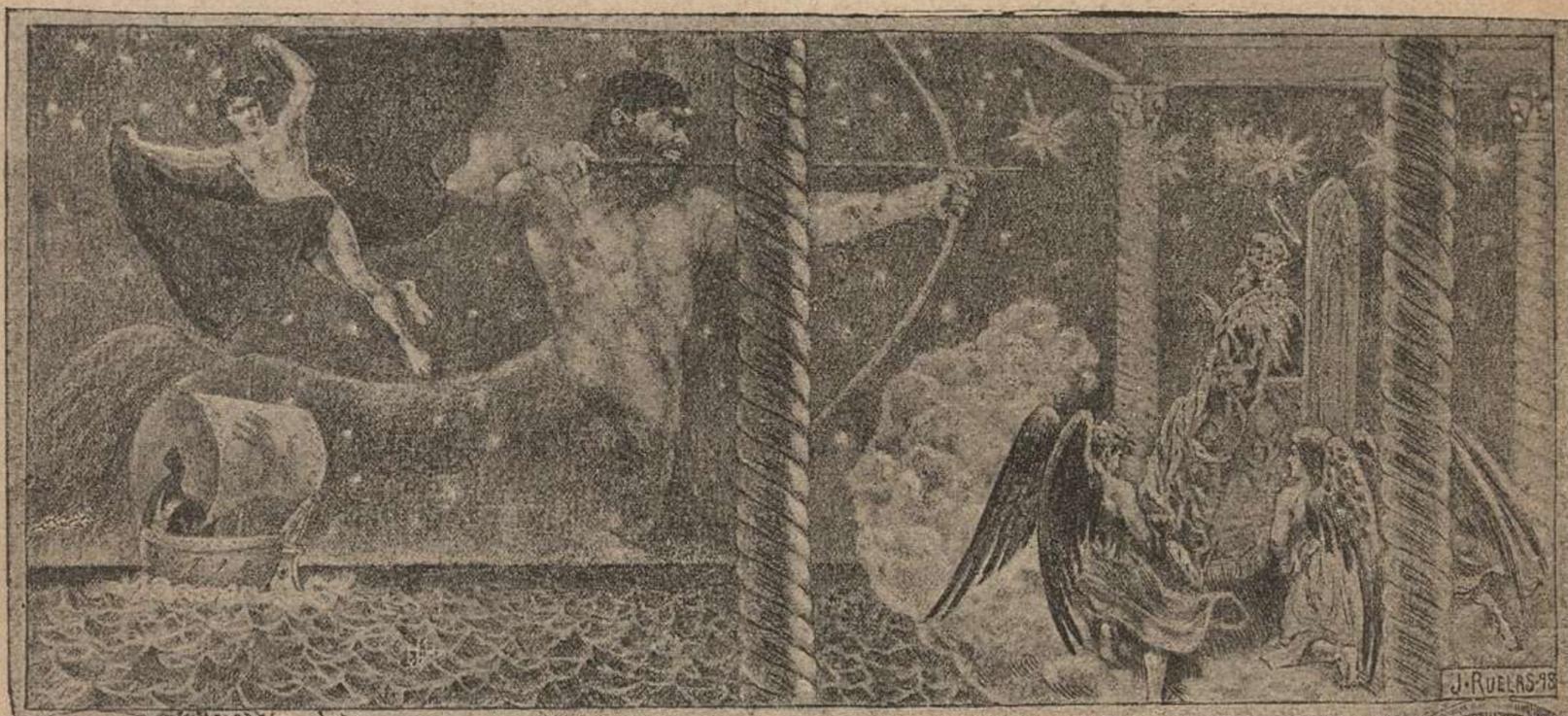
El mundo entero se ha unido en un  
único abrazo de fraternidad y amor. En esta  
nueva jornada...

El año nuevo se abre con las fiestas de la paz  
y la armonía. El mundo se ha unido en un  
único abrazo de fraternidad y amor. En esta  
nueva jornada...

SECRET  
1950  
1950

# REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.



## AÑO NUEVO.

A las doce de la noche por las puertas de la gloria  
Y al fulgor de perla y oro de una luz extra-terrestre,  
Sale en hombros de cuatro ángeles, y en su silla gestatoria,  
San Silvestre.

Más hermoso que un rey mago, lleva puesta la tiara  
De que son bellos diamantes Sirio, Arturo y Orión;  
Y el anillo de su diestra hecho cual si fuera para  
Salomón.

Sus pies cubren los joyeles de la Osa adamantina,  
Y su capa raras piedras de una ilustre Visapur;  
Y colgada sobre el pecho resplandece la divina  
Cruz del Sur.

Va el Pontífice hacia Oriente; ¿va á encontrar el áureo barco  
Donde al brillo de la aurora viene en triunfo el rey Enero?  
Ya la aljaba de Diciembre se fué toda por el arco  
Del Arquero.

A la orilla del abismo misterioso de lo eterno  
El inmenso Sagitario no se cansa de flechar;  
Le sustenta el frío Polo, le corona el blanco Invierno,  
Y le cubre los riñones el vellón azul del mar.  
Cada flecha que dispara, cada flecha es una hora;  
Doce aljabas cada año para él trae el rey Enero;  
En la sombra se destaca la figura vencedora  
Del Arquero.

Al redor de la figura del gigante se oye el vuelo  
 Misterioso y fugitivo de las almas que se van,  
 Y el ruido con que pasa por la bóveda del cielo  
 Con sus alas membranosas el murciélago Satán.  
 San Silvestre bajo el palio de un zodiaco de Virtudes,  
 Del celeste Vaticano se detiene en los umbrales  
 Mientras himnos y motetes canta un coro de laudes  
 Inmortales.

Reza el santo y pontifica, y al mirar que viene el barco  
 Donde en triunfo llega Enero,  
 Ante Dios bendice al mundo, y su brazo abarca el arco  
 Y el Arquero.

RUBÉN DARÍO.

## ALIANZA

ENTRE

### LAS CIENCIAS Y LAS BELLAS LETRAS.

Se cree, con bien escasos fundamentos, que la ciencia, por la aridez de ciertos asuntos, por la precisión de su lenguaje, por el severo rigor de sus métodos, por la paciencia y minuciosidad que ciertos procedimientos de investigación exigen, está esencialmente reñida con todo lo que sea ornato, con todo lo que parezca gala y donosura, con todo lo que simule pompa y atavío. Ciertos puritanos del saber profesan que la ciencia, teniendo á la verdad por norma, debe presentarse desnuda como ésta, debiendo ser rígida, angulosa y seca como el esqueleto y no flotante, matizada y ondulosa como las ricas telas.

No profesamos tal opinión: en el árbol majestuoso del saber, la flor, lejos de estar reñida con el fruto, es, como en las plantas, su hermoso preámbulo. La ciencia lleva en sí misma innatos gérmenes de poesía, como son la grandeza de sus asuntos y la severa armonía que guardan entre sí las proporciones. La ciencia astronómica, cruzando los abismos del espacio, midiendo los colosales volúmenes de los soles, ponderando sus estupendas masas, analizando su incandescente substancia, midiendo las prodigiosas distancias estelares, y calculando velocidades raudas, lleva á cabo empresas tan osadas y realiza tan peregrinos ideales, que bien pueden suministrar pábulo á la imaginación y al genio del poeta más favorecido.

Si las sombrías concepciones de la Edad Media, si los pavorosos círculos infernales, si la abrupta montaña del Purgatorio y la increada luz del cielo, pudieron suministrar á Alighieri elementos sobrados para forjar aquella inmortal «Comedia,» que la posteridad ha calificado unánimemente de divina, ¿cómo el rico caudal de ideas y de hechos acopiados por la ciencia, no hubiera de suministrar iguales ó superiores temas de inspiración? ¿Cómo no habría de ser Hipocrene inagotable en que apagarán su sed poética los genios del porvenir?

¿Quién será el Dante afortunado, que en el siglo que llama ya á nuestras puertas, forje en la fragua incandescente del genio, la maravillosa hechura de la epopeya científica? La Geología, con sus formidables cataclismos, con sus extrañas y ya extinguidas formas, con sus ictiosauros y plesiosauros, sus iguanodontes y demás peregrinos seres, proporcionará abundantes y nuevos motivos de ornamentación, para lo que en la nueva Comedia equivalga al infierno del cantor florentino. La época cuaternaria, dignificada por la aparición del hombre, sér inerme, mas dotado con la chispa prometea de la inteligencia, luchando cuerpo á cuerpo con los monstruos de la tierra y con las inclemencias del cielo, tendría semejanzas y analogías con el asunto, que en el período escolástico de la civilización sirvió al ilustre y melancólico proscrito de Ravena para urdir, con hilos de luz y rayos de genio, el canto del Purgatorio. El hombre, en efecto, debía purgarse poco á poco, con inenarrables penalidades y rudos trabajos, del estigma de la ignorancia y de las ferocidades de la barbarie, para llegar, tras siglos de incansable lucha, al cielo de la civilización. La conquista del fuego, la de los animales domésticos, la de los metales, y la sublime invención de la escritura, fueron la redención maravillosa, que poco á poco sacará al linaje humano de la noche del mal y del pecado, para llevarlo al día lumíneo de la verdad y del bien.

La ciencia, como quiera que se la examine, es caudaloso raudal de poesía; exalta el ánimo y enciende la imaginación por lo colosal de los esfuerzos, por lo osado de las empresas, por la asombrosa perseverancia de las labores y por el precio incalculable de los resultados. Cavila Kepler diez y siete años para identificar la invisible curva que trazan los planetas cortejando al sol, y cavila sobre el inmenso cúmulo de observaciones que, sobre el planeta Marte, fueron hechas por el famoso Ticho. Cavila no menos Copérnico para derrumbar los cristalinos cielos de Ptolomeo, y el artificioso aparejo de epiciclos y excéntricas, y para restituir al sol el solio de su esplendor y de su poder que, en concepto del hombre, le había usurpado por muchos siglos nuestro voluble y defectuoso globo.

Sí, la ciencia y la poesía se hermanan y se prestan auxilios mútuos; en las cimas de la inteligencia lo bello y lo verdadero coinciden, el destello de genio que hizo á Newton descubrir la gravitación es de la misma excelsitud que el que permitió á Shakespeare sondear el abismo de las pasiones. La ciencia proporciona á la poesía la palpitante y viviente substancia de la realidad, que la poesía modela vistiéndola de inmortales formas. Lo repetimos, pues, con toda convicción: la Ciencia y las Bellas Letras son hermanas; la Ciencia y la Poesía, en vez de reñir, quieren vivir en fecundo y hermoso consorcio.

Así lo creyó y practicó el ilustre Pascal, que á la par que llevaba á cabo investigaciones matemáticas, formulaba en hidrostática el principio que lleva su nombre, y hacia experimentos sobre la presión atmosférica, escribía sus Cartas Provinciales, erigiendo así un monumento de la prosa francesa y de la ática ironía de esa ilustre y espiritual nación, que ha producido filósofos tan grandes como Descartes, sabios tan ilustres como Laplace y poetas tan inspirados como Víctor Hugo.

Así lo creyó y practicó el incomparable Goethe, el más ilustre y completo de los poetas modernos; el que por la olimpica y majestuosa serenidad de su inteligencia mereció el dictado de Júpiter de Weimar; el que dió vida y eterna juventud á la vetusta leyenda del doctor Fausto, amasó pétalos de rosa é hiló destellos de aurora, para crear y vestir á la sencilla, tierna y apasionada Margarita. Pues bien, ese poeta portentoso y sublime, cultivó la ciencia con notable éxito, realizando grandes descubrimientos y sosteniendo ideas nuevas que han acabado por triunfar: Goethe sostuvo la existencia del hueso intermaxilar del hombre, adivinó que los órganos de la flor son derivados de la hoja, y favoreció con el peso de su genio la doctrina del transformismo, iniciada por Lamark, y á la que Cuvier creyó ahogar en su cuna; pero que adquirió nueva y potente vida en los trabajos de Darwin, y por Hœckel ha sido proclamada ante el mundo sabio con acento de vencedor.

PORFIRIO PARRA.



## LA AGONIA DE CLEOPATRA.

(INÉDITO).

Debe morir la reina, ¡Ludibrio de la plebe  
de Roma! Nunca. Dadle las flores misteriosas:  
el áspid verde esgrime su dardo entre las rosas  
y asciende al tibio seno.... La reina morir debe.

Muerde.... la reina sufre; en áureo cáliz bebe  
vino inebriante.. En vano.. ¡Vivir quiere, diosas!  
Igneo torrente quema sus venas voluptuosas....  
Nadie la escucha.. Brilla casta en el cielo Febe.

Vivir aunque sea esclava, grita... Y á su aposento  
entra de pronto Octavio.... Con breve movimiento  
ella se cubre el cuerpo con la purpúrea falda,

recobra, con horrible dolor, regia postura,  
y espira y queda rígida, pero elegante y pura.  
Entre sus pechos duerme el áspid de esmeralda.

1896.—JUSTO SIERRA.



## EL GUANTELETE.

*A Guillermo de la Peña.*

En el curioso y postrer período de su vida, Walterio W... fué un sujeto casi fantástico, que motivó en los salones de la aristocracia innúmeras leyendas estrambóticas y no pocas sospechas de intención aviesa.

Dos ó tres años atrás, había desaparecido de los centros sociales sin explicar satisfactoriamente las causas determinantes de su ostracismo, al principio nadie se preocupó por la desaparición del famoso calavera, pues la atribuían sus íntimos á una aventura amorosa ó á algún nuevo rasgo de humor de los muchos á que estaban habituados ya, pero cuando de improviso, el prófugo volvió á frecuentar, como antes, el trato de los snobs ricos, fué recibido por ellos con un asombro que, creciendo paulatinamente, llegó á convertirse en verdadero terror pánico....

El motivo de esa prevención singular fué que en Walterio W.... se había operado una metamorfosis muy extraña.

No era ya el alegre duelista y afortunado jugador que tantas envidias causaba en los hombres y tan impulsivas pasiones encendía en las mujeres, su economía desmejoraba notablemente, estaba demacrado y lívido, emitía las palabras á regañadientes, expresaba sus ideas con una incoherencia que hacía sospechar de su equilibrio intelectual y su montaraz retraimiento contrastaba con las dispadas costumbres que tanto lo singularizaron en otro tiempo.

Lo que más preocupaba á los curiosos era, que si bien el extravagante joven vestía con su habitual elegancia, desde su nueva aparición en la vida mundana, usaba invariablemente un descomunal cuello de lino sin almidonar y una bastísima corbata de burato japonés anudada á la moda Luis Felipe.

¿Por qué ese último vástago de una estirpe nobilísima y por lo tanto intransigente hasta la obcecación llevaba una prenda de los vestidos del rey ciudadano?

El mismo, sin dificultad alguna, externó la causa de su pretendido capricho, una noche en que acosado por los epigramas, achispado por el cham-

pagne y despechado por la cantidad perdida en el bacarat, reveló el secreto que, como una maldición, se imponía á su destino en el intimismo de su existencia.

Walterio W... se expresó así, con voz tremulenta:

—Necesito remontarme á detalles muy triviales para explicar lo que me ha sucedido, porque mi caso no sólo es anormal, sino fabuloso hasta tocar las fronteras de lo que no se cree.

Una mañana mi lacayo, junto con los periódicos, colocó sobre la mesa en que yo almorzaba con el apetito consecuente á tres cuartos de hora de esgrima y un prolongado ejercicio de natación, una carta de aspecto sospechoso, que yo abrí con interés, enterándome por sus letras de que Victorina me engañaba, aseguraba el informador, que en el instante de recibir yo la epístola, podría sorprender, si así lo deseaba, á los engañadores, estaba fogosamente enamorado del sexo de Victorina, pues las ideas especialísimas que respecto á la hembra profesaba entonces, no me permitían prendarme de una cortesana de otra manera que esa no fuese, me vistieron al momento, y sin usar el carruaje propio, para no infundir sospechas, hicime conducir en un alquilón al hotel de citas clandestinas que indicaba el anónimo....

Gratifiqué á la doncella que me franqueó las puertas del aposento, donde por coincidencia, algunos meses antes, caí de bruces sobre los nevados muslos de la que en ese instante sucumbía á los ímpetus de una virilidad que la mía no era.

Al presentarme yo, Victorina se ocultó tras de un biombo, dando un salto de gata, y Octavio de Saavedra, recomponiendo los tirantes de sus anchos pantalones militares franjeados de rojo, me dijo que era un caballero incapaz de disculpar mi osadía y que sin remedio nos batiríamos á muerte en el cuartel del regimiento de artillería donde él es todavía capitán primero.

Asistí al lance después de una noche de crápula en el baile de máscaras, y á causa de eso, á pesar de ser un buen tirador, fui herido de gravedad por el oficial.

Los médicos ordenaron que pasara yo el dilatado período de mi convalecencia en una de mis posiciones de campo.

Mi constitución, nada robusta, se resentía ya de la vida orgiástica que llevaba en el club, en los bastidores de los teatros, en los hipódromos, en los frontones y en las salas de armas, además, una tos asmática, cierta tibia y cotidiana fiebre y un sensitivo temblor con frecuentes esputos de sangre.... me habían revelado á la muerte!

Elegí para tebaida un pequeño palacete campesino que habitó mi abuela, y en el cual pasé la infancia, la adolescencia y el comienzo, hasta entonces tranquilo, de mi después alborotada juventud.

Estaba bien hallado allí, y no extrañaba los hábitos metropolitanos porque tenía la seguridad de sucumbir muy pronto y me consolaba en mi pesadumbre la idea de que en aquella vetusta morada estaba preparada mi cripta, según tradición, al lado de la de mis padres....

Hay en la aldeilla montañas de suntuosa vegetación, bosques frondosos donde abundan venados,

y extensos pajonales propicios á la caza de codornices ó liebres silvestres.

Habían transcurrido doce años desde la fecha en que yo partiera de aquel terruño para educarme en Oxford, y todo estaba igual, ví en el parque los mismos arbustos donde trepaba para bajar nidos de oropéndolas, el viejo sabino á cuya sombra vespéral me relató la anciana la historia espeluznante de Barba Azul y el poema elegiaco de Blanca de Nieve, sobre los agabanzos del prado sonreía con su faunesa ironía un Juno de bronce enverdecida por las intemperies, en el lago, abandonado y cenagoso ya, navegaba la misma escuadra de ánades que me era familiar. . . . sólo la casita del perro estaba vacía, porque mi amigo, el corpulento terranova, había sido asesinado por un cazador furtivo. . . .

En el día paseaba por las campañas, me echaba á vagabundear por los hierbazales con la escopeta al hombro y el morral vacío, nadaba en la ría, rebotaba con mi anzuelo las isatinas aguas del vivero, ó bien frecuentaba las chozas de los agricultores y visitaba al viejecito alcalde. . . .

En las noches leía en la biblioteca de mi abuelo, que es una grandiosa sala señorial, de artesonado techo, muros decorados con óleos de retratos antiguos y mueblario de abeto de Noruega tallado por un ebanista florentino del siglo XVII.

Contemplando aquella severa sillería, en cuyos respaldos el obrero técnico esculpió el escudo señorial con los sinoples de mis antepasados, experimentaba yo una singular conmoción interior, aquellos cuadros identificando á los varones y á las damas de mi familia pretérita, mortificaban mi piel y la estremecían con punzadas de cilicio, provocándome un sacudimiento, que germinaba en mi corazón solitario y sin afecciones tiernas, no sé qué anhelo erótico. . . . amargo y enervante!

Me parecía inaudito é increíble casi, que yo, el raquítrico y vulgar flirteador de damiselas insubstanciales, fuese el último y legítimo descendiente de aquella raza de varones fuertes é ilustres matronas.

Entre todas las figuras de aquel museo, había una, una sola, que me obsediaba con persistencia cruel, y no pocas veces, surgió de la hoguera de mis locuras sentimentales como un blanco espectro del extramundo alumbrado por indeficientes flamescencias.

Era una matrona indumentada á todo lujo, á modo la Regencia (Felipe de Orleans), sosteniendo en su diestra un gran ramo de lises doblegados. . . .

Sin duda el retratista, al pintarla así, aludió á alguna aventura ó leyenda lírica de la que fué heroína tan noble señora.

¡Cuántas veces, á la luz flava de las auroras y á la sombra parda de las noches oscuras, permanecí yo horas enteras, en beatífica contemplación ante aquel rostro, que por su serenidad augusta, no memoraba á la de Borbón, á la de Berry, á la de Valois y á todas aquellas ninfómanas que pasaron por Saint Cloud como el más agresivo rictus de los pecados de la tierra!

Dirélo con sinceridad, yo estaba apasionado, apasionado sí, esa es la palabra neta y gráfica, de aque-

lla meditabunda Mujer-Madona que tenía en la diestra un gran ramo de lises doblegados. . . .

Rebuscando con paciencia de anticuario en el complicadísimo árbol genealógico de mi casa, conseguí averiguar que en la bella desconocida remataba una de las más linajudas ramas de mis antecesores, el Almanaque de Gotha, confirmó en todas sus partes mi descubrimiento, y un viejo é incompleto manuscrito, ocultado en uno de los cajoncitos del pupitre de mi abuelo, me reveló que, la beldad que después de más de una centuria de difunta enfermó de amor á un excéptico como yo, había muerto virgen á los siete lustros de haber nacido, llevándose á la sepultura el secreto de una huraña melancolía que no logró profundizar ninguno á pesar de haberlo intentado todos, y un guantelete de acero que conservaba como inapreciable reliquia en un pequeño cofre incrustado de diamantes, el cual, á petición suya en la hora de la muerte, fué depositado después junto con su contenido, en el féretro que llevó sus despojos mortales al panteón. . . .

Oh! . . . por qué estaba incompleto el viejo manuscrito, ocultado en uno de los cajoncitos de pupitre de mi abuelo. . . .?

¿Qué bufones y ministriles, distraerían los ocios de esa princesa. . . .?

¿Qué románticos trovadores cantarían rondeles bajo sus ventanas. . . .?

¿Qué guerrero cruzado, se aventuró á pelear con los infieles, llevando como amuleto un rizo del luminoso cabello de tan altiva castellana. . . .?

¿Qué denodados mantenedores, rompieron empenachados yelmos con sus hachas de armas, y perforaron resistentes lorigas con sus tizonas, para hacer preponderar los colores de la hermosa, en cañas y torneos. . . .?

¿Por qué no existí yo en aquella edad. . . .?

Mi mal del pecho se agravó hasta convertirse en un traviatismo determinado con todas las gradaciones y síntomas á ese estado de alma concurrentes, vanos é inútiles fueron los intentos que yo hice para repeler de mi sér el morboso é insensato afecto que lo torturaba, y ¡criatura al fin! acabé por sucumbir como un impotente, humillando mi voluntad á los extravíos de la imaginación, que desbocada y rotas ya las bridas, relajó todas mis disciplinas morales, acabando por impelerme á inconscientes actos é imperdonables sacrilegios. . . .!

Mi sensualidad insana, y el anhelo de saber algo más respecto á la muerta, se me impusieron tan vigorosamente, que careciendo de ánimo para atajar mis impulsiones, resolví hacer efectivo mi deseo de exhumar el cadáver.

Era muy fácil de realizarse ese propósito, pues como ya dije, la necrópolis de mis progenitores está ubicada en una dependencia del edificio en que á la sazón vivía yo por prescripción facultativa.

Una noche encaminéme á la capilla, donde cien años antes ardian cirios y oficiaba en la misa matinal el octogenario limosnero.

La tiniebla era muy densa, abajo, entre la grama del suelo, agitaban las luciérnagas sus minúsculas lámparas votivas, y en el vasto capelo del espacio,

un delgado segmento de la luna, se antojaba, el arco del Sagitario disparando estrellas....!

Al introducirme, escudriñando con el foco ardiente de mi linterna, las bóvedas de arquitectura lombarda, las paredes revestidas de incoloros paños y los altares de arcaico estilo, un enjambre de murciélagos revoloteó chirriando sobre mi acalaturada cabeza.

Una de esas repugnantes alimañas me dió en la frente con sus alas demoniacas....

Hacia el fondo del santo lugar, bajo una profunda hornacina, están los sepulcos, severos y regios, como sepulcros de reyes....

Con mi capa sacudí el polvo y las telarañas á los mármoles tersos, á los ónices bruñidos y á los cobres oxidados....

Ví un monumento de jaspe, circuido de pilastras jónicas y complicados capiteles, que sirve de pedestal á una estatua sedente, esculpida en una pieza de mármol de Carrara de limpio grano y casta blancura.... era ella!

Asegurado ya de haber hallado lo que buscaba, volví á mis aposentos, para proveerme de algún instrumento propio para excavar y, después de improbas pesquisas, dí con un barretón de hierro de los que usan los albañiles.

Regresé luego al oratorio, y enajenado por una emoción irresistible, me puse á trabajar con jubilo ahínco! ruda tarea! la argamasa se había petrificado ya y resistía á los golpes que yo daba, como si de esa manera protestase contra el empeño que me convertía en ese instante en violador de tumbas.

Al alba, abandoné mi obra un tanto desalentado, pues reflexionando un poco, comprendí que como esa noche, tenía que pasar otras muchas para lograr el fin de mi fatal capricho.

Mi sospecha fué confirmada en todas sus partes por la realidad pues tuve que operar noche á noche durante seis semanas....

Al cabo de ese luengo lapso de tiempo, mis pacientes esfuerzos fueron coronados por éxito, y una inolvidable noche de plenilunio, cerca de las doce, tuve la satisfacción siniestra de levantar la enorme losa que cubría el ataúd....

Confieso, que en el instante solemne de consumir mi delito, experimenté un secreto temor, que no he podido saber todavía, si era originado por el respeto á la fosa, por un tímido escrúpulo de la conciencia ó por el miedo instintivo que acomete á todo amante al atentar contra el pudor de la mujer querida.

Introduje la barra de hierro en la hendedura de la tapa y palanqueando fuertemente el instrumento abrí con lentitud la caja.

Aproximé la luz y sólo ví en el fondo una osamenta muy mal conservada.

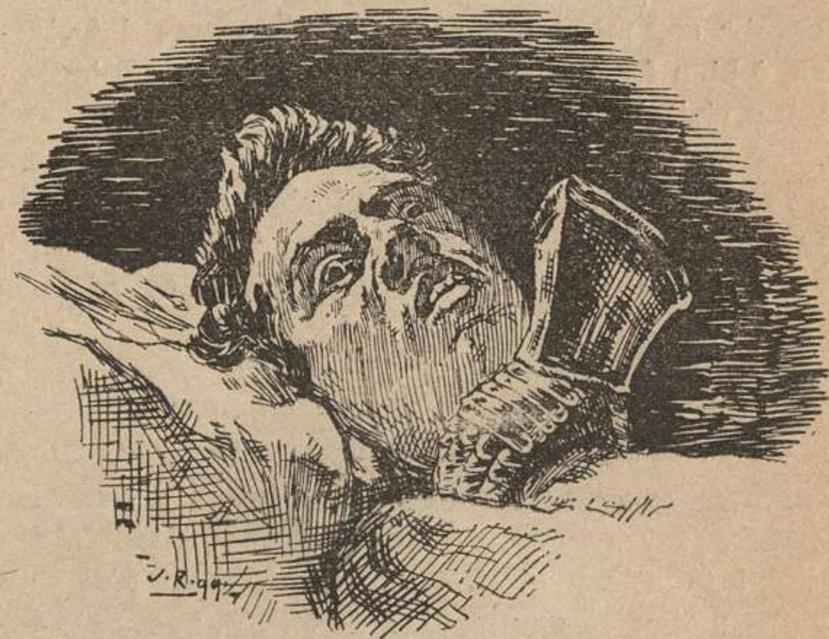
De pronto hirió mi retina un chispazo fúlgido, luego otro, y otros mil, allí estaba el cofre incrustado de diamantes de que hablaba el viejo é incompleto manuscrito ocultado en uno de los cajones del pupitre de mi abuelo!

Me apoderé de él y lo abrí, creyendo encontrar en su interior la clave del enigma que había condensado la vida de aquella misteriosa mujer, pero

la arqueta estaba vacía! faltaba el guante de hierro!

Cuando me encaminaba hacia afuera, aturdido y medroso, como al esfuerzo de una evocación oracular, perfumóse la sombra con olor de anémonas verificándose muy luego una maravilla en torno mio.... escuché bien claro el rumor de un beso sideral, un beso sideral estallando en el vaguido somnoliento de dos bocas que se tocasen con suavidad en la conjunción de un supremo deliquio de amor pio, oí bien claro, un ruido tenue y sigiloso como el que al rozarse produjeran dos hostias eucarísticas ó dos estrellas que celebraran sus nupcias en la noche de San Silvestre....

Salí de allí muy preocupado, y al cerrar la puerta de roble de la capilla, en el momento en que aventuraba mi pie derecho hacia adelante, para alejarme, una mano vigorosa me asió del cuello y lo apretó con fuerza sobrehumana, como si intentara estrangularme.



Volví el rostro, todavía sereno, imaginando habérmelas con un malhechor, y no ví á nadie....!

Entretanto, la mano estrechaba implacablemente, sin piedad, como una fuerza ciega que obedeciera inalterable á un mecanismo, oprimía, igual al nudo de una horca ó á la argolla de un suplicio inquisitorial....

Entonces me desmayé.

Al volver en mí, tranquilizado por la auripujante claridad solar que se expandía en el diáfano éther con todo su esplendor, corrí á mi alcoba, y al contemplarme en el espejo, retrocedí espantado.

¡Tenía en el cuello la marca de un guantelete de acero!

¡Y aquella noche no dormí, á pesar de haber tomado drogas narcóticas en grandes dosis, no dormí, porque cuando el sueño comenzaba á inyectarme sus buenos jugos de adormideras, sentía maltratada mi garganta por la mano de hierro que la vispera había intentado estrangularme!

¡Así transcurrieron tres años!

Llegó la vez, en que abrumado de tanto padecer, desesperado de no tener derecho á ningún placer de la vida, arrepentido de todas mis perversidades pasadas, y resuelto, á todo trance, á terminar de cualquier modo, intenté el suicidio, lo intenté en la biblioteca de mi abuelo, donde había pasado seiscientas y tantas noches de insomnios y nocturnos terrores.... frente al retrato de la dama que

sostenía en su diestra un gran ramo de lises doblegados!

Y sucedió, que al apuntar yo la pistola en dirección á mi pecho, una mano de hierro, dura, fría, implacable, contuvo mi brazo. . . . el guantelete!

Entonces, comprendiendo yo toda la magnitud de mi desventura, gemí como deben gemir los condenados en los círculos dantescos, como gemimos los hombres, cuando perdida la última esperanza, caemos desfallecidos en ese dolor torvo y desolador, que cual la sombra de la nada, no será nunca redimido por una sola vibración de la luz que lo vivifica y lo renueva todo!

Calló Walterio W. . . . y el más joven de los circunstantes, conteniendo la risa, comentó con crueldad su relato:

—Mi pobre amigo, decididamente tienes mucha imaginación, tan superabundante imaginación, que un bello día habrás de alojarte en el hospital de lunáticos. . . .

Walterio W. . . . sin hacer caso de las bromas del mozalvete, desató de un tirón el moño de la corbata á la moda Luis Felipe que usaba habitualmente, y descubrió su cuello con tranquilo ademán.

Tenía en su carne blanca, la señal renegrida de una mano férrea. . . . la señal del guantelete!

CIRO B. CEBALLOS.

---

## NI OBE.

---

Es una tragedia—perdida—de Eskylo:  
En el campo yermo, triste y solitario,  
ha vaciado su arco rudo, Sagitario;  
y Niobe procura postrimer asilo  
sentada en la tumba de sus hijos muertos,  
callada, la testa por un velo oculta  
á los horizontes muy largos y abiertos,  
donde el Sol sus rayos trémulos sepulta.

Sobre aquel sepulcro, trágica, callada,  
en los vespertinos fulgores inciertos,  
la madre está sola, muy sola, sentada,  
empollando ¡oh dioses! á sus hijos muertos!

JESÚS E. VALENZUELA.

---

## RARA AVIS.

---

Son *él* y *ella*; ignoro sus nombres. Los conozco mucho, porque les compro cigarros; tienen un estancillo. Humildes, algo menos que humildes; dichosos, algo más que dichosos: se aman. Y sin embargo, su cielo azul está atravesado por una sombra: *él* es ciego. *Ella* ve por *él*. Parece que le bastan los ojos de su esposa. Nada interesante en sus facciones; son tipos vulgares, de esos con los que á cada paso tropieza nuestra indiferencia. El hombre es bajo de estatura, grueso, de bigote ralo, frente lisa y estrecha, ojos clarísimos, anegados de luz, pero

que sólo miran la interminable sombra. La mujer es de buen cuerpo, llena de formas, de ancha cara, colorada como una amapola; su mirada es limpia y un tanto tímida; sus labios son grandes, pero de curva pareja, sin las sinuosidades de la amargura; y su abundante cabello castaño obscuro, dividido en dos anchas bandas que forman lustrosas ondas en la frente, cae y resbala sobre su espalda en afilada trenza sujeta en su extremidad por un moño negro. Pero ¡qué aureola de tranquilidad ilumina estas dos caras! Traspiran contento. . . . . Da gusto verlos, detrás del mostrador, frente á las filas de panes y bajo las patitas de los títeres que cuelgan de un alambre; *él* con su camisa muy blanca y su corbata de color, muy bien anudada; *ella*, con sus enaguas planchadas y su relicario al cuello, riendo á la vida que pasa tumultuosamente por la calle. . . . .

¡Qué contraste hacen siempre estas raras fisonomías, que por tan felices parecen infantiles, con las figuras contraídas, nerviosas, arrugadas, que van por el mundo revelando bajo la seda ó los arrapiezos, noches sin sueño y días sin reposo! . . . . . ¡Qué contraste hacen y cuánto bien! Es tan complicada la vida moderna, tan difícil; parece tan cansado el hombre de su peregrinación, que igual abatimiento revelan los ojos desconfiados del obrero, que los ojos inquietos del mundano; y las mismas fatigas y ansiedades que cubre la blusa raída, disimula la correcta casaca. Los últimos leños de la energía vital, esa hoguera que su propio fuego consume, los atiza, el uno con aguardiente y el otro con champagne, para poder mantener un momento más la llama que se apaga! . . . . . La naturaleza humana, que antes bebía agua pura en las fuentes griegas, ha llegado en su consunción á la necesidad del excitante, y bebe ajenjo. La estatua que se perfilaba, serena, inalterable, sobre un horizonte claro, el arte heleno, ha cedido su puesto á la escultura escueta y atormentada que corta con su lividez un fondo negro, el arte cristiano. Y las dos son copias del hombre: sereno y bello, como la primera, fué el hombre antes de su redención; y después de su redención, en ese inmenso período que aún no se cierra, escueto y lívido. Las bregas del sentimiento siempre en guardia, y las del sentimiento siempre en tensión, han marcado los cuerpos. Entre las vestales y las monjas hay la misma diferencia física que entre las palomas y las golondrinas. Entre Mirabeau y Perikles hay la misma diferencia que entre Sofia y Aspasia. El manantial está rebotado. . . . pero el hombre cada día tiene más sed. Mas no soñemos con la restauración helena, aun cuando sea un sueño divino; no choquemos nuestra fantasía caprichosa con la ley de hierro de la causalidad; y doblemos la cabeza, con todos sus ideales, ante el fatalismo inconsciente de la vida, como dobla el árbol sus ramas cargadas de frutos y flores al soplo ciego del huracán. La historia es una elaboración, y las épocas tienen, como los precipitados químicos, su color especial. Lo cual no impide, sin embargo, que los celajes floten en el cielo y las ilusiones en el alma. . . .

El caso es que esta nuestra civilización, es extraordinariamente variada, y ha dado al traste con la sencillez antigua. El comercio, la ciencia, el amor, la alimentación, todo es complicadísimo. Da gusto,

ó curiosidad cuando menos, encontrarse con gentes rústicas de corazón, que se sientan á la orilla del camino, mientras los demás desfilan atropellándose. . . . Y aunque por la descripción que de *ellos* he hecho, se ve que *él* no tiene la arrogante hermosura de Alcibiades, ni *ella* la intachable corrección de Frinea, sino que son dos pobres productos de nuestro molde nacional, que no es muy bueno, forman, sin embargo, excepción entre los tipos que conozco: porque son dos felices, cándidamente felices, á quienes el ardiente sol democrático calienta sin quemarlos, y que sienten y saborean el exquisito placer de la vida, en medio de tantos que la detestan por amarga y que sólo la soportan por el miedo de Hamlet. En este sentido son dos antiguos, que no tienen torbellinos en la cabeza ni torcedores en el alma. Son dos niños que juegan al amor, mientras los hombres formales juegan á la embriaguez, al lujo y á la prostitución. Venden pan, cigarros, dulces; comen mal, duermen bien. Van al Zócalo, á oír la música; van á la iglesia, sin más pensamiento que el de rezarle á Dios. Su Dios es un Dios bueno, sonriente. . . . por supuesto; si ellos son así: la divinidad es el reflejo de las almas. En la calle atravesada por taciturnos y apresurados, *ellos* estorban; son ociosos satisfechos. Se detienen en los aparadores, y *ella* le dice á *él* los objetos que le agradan y se los describe pintorescamente. Pasa al gran trote un carruaje, que tal vez cueste muchas tristezas á su dueño, y *ella* exclama sin envidia—qué! muy contenta de que haya quienes tengan cosas bellas:—*qué bonitos caballos!* y *él* repite, iluminado de gozo: *qué bonitos caballos!*

Su historia es muy sencilla. Se amaron. *El*, entonces, veía. A los pocos meses de apasionado noviazgo, cegó; y al perder la luz del sol creyó perder también la luz de *ella*. ¡Sublime engaño! La muchacha, sin lamentos, sin lágrimas, con toda naturalidad, fué á verlo en su desesperación, en su noche horrible, y le dijo: *me caso contigo*. No hubiera experimentado emoción mayor si le hubieran arrancado la venda de sus pupilas. Ese hombre debe comprender, porque lo ha sentido, el grito de Dios: *fiat lux!* Se casaron. *Ella* lo peina, lo viste, lo compone, como si fuera su orro; *él* la acaricia y la besa. ¡Con qué amor tan especial deben amarse!

Los domingos, en el ojal de su levita nueva, *ella* le pone un ramito; y de la mano, con cariño, con solicitud, lo lleva á pasear, á lucir el ramito y la levita nueva. Y lo mira con unos ojos! . . . Como *él* no la ve, *ella* no esconde sus miradas. Una mujer no puede tener coqueterías de ojos con un ciego. Lo cuida y lo mima como una madre á su primer hijo. Y *él*, que se siente penetrado por el amoroso fluido, como si lo envolviera una caricia tibia y buena, vuelve á la esposa sus pupilas muertas, y como si la viera, sonríe. . . . Duermen juntos, en un mismo lecho. . . . Pero no se puede hablar de estas cosas sin que la imaginación de los lectores modernos evoque en el acto un grupo de novela francesa. Hay inocencias que ya no se comprenden. El pudor cristiano ha tenido el impudor de vestirlo todo. De buena gana le pusiera pantalones al Apolo de Vedere, y chaquetilla á la Venus de Milo.

El hombre que ya perdió la costumbre de juzgar

las desnudeces como simple artista, ve en ellas algo más que la línea. El hecho estúpido de cubrir las formas ha creado el placer sensual de desnudarlas. Bien es cierto que los miembros escuálidos de San José bien merecen la capa; y muy espesas faldas las carnes flojas de Santa Trigidia ó de Santa Mónica.—Pero puesto que es necesario, no hablemos del lecho, que semeja cuna de gemelos, en la que *ellos* duermen sus amores blancos. . . .

Algunas ocasiones van al teatro, á galería. Prefieren el drama, el drama español, sangriento, atravesado de choques de espada y gemidos de dolor y explosiones de ira, palpitante, descabellado, terrible; en el que hay siempre una mujer muy sollozadora, que empapa de llanto una docena de pañuelos; un traidor pingajoso, de torva mirada y voz tronatoria; y un justiciero de peluca rubia y espadín colgante, que en el último acto derriba al traidor y se casa con la dama de los pañuelos. Los he seguido á galería. Allí los he visto comer dulces en los entreactos y los he oído platicar encantadoras tonterías. He presenciado sus lágrimas en las tiradas patéticas, sus zozobras en las escenas de expectativa y sus aplausos en el inesperado desenlace.—Se poseionan realmente del drama; al grado, que odian á un pobre Sr. Arteaga, que es el actor-traidor, y adoran á un Sr. Zendejas, que es el actor-justiciero. No pueden hacer la abstracción entre el personaje real y el personaje representado. Es de ver la variación de sus fisonomías, según que en el proscenio medita crímenes Don Nuño, ó fulmina cóleras Don Lope. Para *ellos*, la Sra. Servín es una infeliz digna de compasión, porque si bien es cierto que se casa con el Sr. Zendejas, «no merecía haber sufrido tanto.» «Pobre! siempre la calumnia. . . .» Siguen el drama con avidez angustiosa, se mueven en sus asientos, se codean, contienen el aliento, sudan, esperando y desesperando, el ciego aguzando los oídos, *ella* sorbiendo el escenario con los ojos. Por supuesto que no piensan en las analogías que puede haber entre las escenas del mundo en que viven y las escenas del drama á que han asistido, no; el teatro es para *ellos* un mundo aparte, con su existencia propia, real, eso sí; pero sólo en ese mundo hay esos detalles y esos seres. Es una vida de emociones al lado de la vida tranquila de todos los días, independientes las dos.—Guardan los programas con religiosidad; alguna vez sueñan con la cara pintorreada del traidor, «del malvado.»

A la iglesia los he seguido también. Oyen la misa con atención y después de terminada, se arrodillan largo rato frente á un cuadro grande, de lustroso marco dorado y bien restirada tela, en la cual se destaca, entre una vegetación exigua, pero muy verde, un viejo sanguíneo, calvo, de abundante barba blanca, cubierto con un burdo manto, enseñando los pies desnudos, carnosos, surcados de hinchadas venas azules. Lleva una palma en la mano izquierda y levanta la otra al cielo, un cielo entre cuyas nubes parduscas asoman bustos de querubines redondos y mofletudos, con fragmentos de alas.

Un ángel diminuto, regordete, de macizas carnes colorado, con dos alas cortas y anchas como abanicos abiertos, y un manto color de rosa enroscado entre las piernas, le ofrece al viejo, con sus mane-

cejas tendidas, una mata silvestre y unas flores bien poco lozanas. Abajo del cuadro se lee en parejas letras amarillas: *San Ciro, médico, anacoreta y mártir, de quien fué devoto el beato Francisco Jerónimo*. A la salida del templo, después de introducir sus dedos en la pila del agua bendita para mojarse la frente, dejan una moneda en la charola de las limosnas, y juntos se van paso á paso por la calle, con una cara de beatitud inefable. . . . ¿Qué le piden á San Ciro, á ese médico descalzo que por todo instrumento de cirugía tiene una humilde palma? ¿Le piden acaso que le vuelva la vista al ciego? . . . La ironía humana que hasta de ella misma se burla, respeta á estos arrodillados. ¡Y quién no los envidia! Delante de ellos el sabio se lamenta de ser sabio. M. Renán, ese sabio impío, tan terrible como Lutero y tan candoroso como una novicia, destruye los altares con su pensamiento. . . . ¡ay! pero deja su co razón entre las ruinas. . . . *Ellos* no han necesitado, para llegar á la suprema visión del Dante, atravesar como él la pesadilla horrible del infierno. La mentira sublime es para *ellos* una sublime verdad. Son pobres seres atrasados en el gran camino humano, que aislados y contentos en su aislamiento, forman caravana aparte, y bajo sus modestas tiendas duermen el sueño sin cuidados de los que nada saben. Allá, á lo lejos, en la estepa infinita, los elegidos vuelan en las radiosas alas de la electricidad. . . . En tanto ellos, los olvidados, los pobres de espíritu que amaba Cristo, van todavía sobre los torpes mulos, cantando á la luz de las estrellas el *Ave María*. . . . San Ciro médico, sin sus dos devotos, es un cuadro feo; con ellos, es un cuadro encantador.

Un día, que, como de costumbre, entré al estancillo á comprar cigarros, sorprendí una escena primorosa. La cortina que cubre el fondo, no estaba bien corrida y dejaba ver una pieza pequeña y aseada. El ciego estaba sentado, con una toalla al cuello y la barba cubierta de esponjado jabón. *Ella*, divertidísima, lo afeitaba con singular destreza. Al entrar, oí que le preguntaba como preguntan los peluqueros: «molesta la navaja, señor?» ¡Tenía una dulzura su voz! . . . El ciego estaba radiante.

Por último, otra vez los seguí á la Alameda. Un crepúsculo espléndido caía sobre los árboles. Pocas

nubes, casi transparentes, ligeramente rosadas. El ocaso, teñido por un barniz de oro pálido, hacía resaltar con rigidez escultórica las crestas restiradas de los montes. Un trozo de la luna livida, cortaba con sus dentelladuras la sedosa tersura del cielo. Una banda militar tocaba, y las notas, agitando sus alas vibrantes bajo las tupidas hojas, parecían parvadas invisibles de pájaros. La última luz del día penetraba á las calzadas del parque, por entre las mallas verdes, opaca, cenicienta, como circuida por un velo. A lo lejos, el fondo azul era un lienzo para las líneas inmóviles de la torre. No sé qué cosa tocaba la banda; algo que me gustó mucho, una pieza suavemente melancólica, ó que me pareció así. Se sentaron en una banca de hierro, le compraron á un nevero dos vasos de limón helados, y, mudos, absortos en su felicidad, *ella* con su cara de amapola y *él* con su ramito en el ojal de la levita, respirando el aire puro y oyendo la dulce música, permanecieron allí hasta que las estrellas anunciaron la noche. El misterio descendió á la tierra. Una campana tocaba á oración. *Ella* le dió el brazo á *él* y se internaron en la sombra. Desaparecieron. Qué se dirían á solas en la callada noche? Yo sólo sé que me puse á pensar en *ellos* con envidia, que nunca como en ese instante de soledad y silencio, como en esa hora triste y bella que muy pocos saben disfrutar, sentí el deseo inmenso de un amor como el de *ellos*. . . . Las estrellas que se ven como gotas de luz en los pedazos descubiertos del cielo, el aire oliendo á tibia esencia de lirios, la sombra que abriga y oculta, todo convida á amar. . . . Y *ellos* se aman!—Me fingí una de esas conversaciones á cada instante interrumpidas, con frases que el sentimiento trunca, con palabras que brillan en la obscuridad, con exclamaciones de fuego palpitantes. . . . Me fingí suspiros que piden caricias y besos que retozan inquietos y que resaltan ruidosos. . . . Y los ví entonces, en lo más denso de la sombra, muy juntos, con las manos enlazadas, temblorosos, los labios en los labios. . . . El ave del paraíso agitaba sobre *ellos* su plumaje de iris. . . .

¡Ay! suspiré levantándome, es una rara avis, el ave divina! . . .

JESÚS URUETA.

## DE UN ÉXTASIS.

HABLA LA NOVICIA.

Madona sacrosanta, aquí á tu lado vengo á rogar para mi pecho calma, que en él viva Jesús—el Bien amado á quien en votos dediqué mi alma.

Dame, señora, el triunfo del pecado y en la sangrienta lucha premio y palma; y de mi sér con tímido cuidado los duelos unge, las angustias calma.

Que en el templo glacial, entre lo obscuro del penumbroso y pávido crucero, el cáliz del pesar temblando apuro.

Pues al ver á Jesús casto y severo al amante soñado me figuro que descende á mis brazos del madero.

HABLA LA VIRGEN.

El bálsamo divino del consuelo derramé en tu pecho bendecido, durmiendo las torturas de tu duelo y acallando piadosa tu gemido.

Con solícita mano y con desvelo de tus llagas el labio estremecido cerraré maternal, y con anhelo daré á tus quejas flébiles oído.

Pero hay que ser en el combate fuerte y con sonrisas esperar la muerte para ser aureolados por la Gloria.

Nacen por cada rosa mil espinas y entre olas de sangre crêmesinas modula su epinicio la Victoria.

JOSÉ M. FACHA.



## NUESTROS DIBUJANTES.

---

## LAS MONTANAS EPICAS.<sup>1</sup>

---

*A mis amigos de Monterrey.*

### I

Cuando clarea, ó ya cuando atardece,  
se destacan informes á lo lejos  
como una sombra azul, que á los reflejos  
del crepúsculo gris se desvanece.

Mas su contorno gigantesco crece  
festonado por árboles añejos  
que se erizan cual ásperos cadejos,  
cuando el día triunfante resplandece.

Y en la noche, los áridos peñones,  
las vértebras enormes del coloso,  
sus empinados riscos y crestones,

semejan, en bosquejo tremebundo,  
el esqueleto rígido y monstruoso  
de un muerto sol, ó de un podrido mundo.

---

<sup>1</sup> Con este nombre designa el autor las formadas por una gran cordillera, grueso ramal de la Sierra Madre, que se encuentran avanzadas al Norte de la República.

## II

Contempladas de cerca, repentino  
asombro se apodera de la mente  
y en los nervios y músculos se siente  
circular el pavor de lo divino.

Ni el blando helecho ni el robusto encino  
predominan en la áspera vertiente,  
ni fulgura en las cumbres castamente  
la blanca nieve del paisaje andino.

Sus arrugas de piedra, sus picachos  
donde el hierro incrustóse en rojas vetas  
y plantó el jaramago sus penachos,

aparecen cual hachas formidables,  
titánicos puñales y saetas,  
lanzas ingentes y ciclópeos sables.

## III

¿Por qué muestra tan épica figura  
esa enorme cadena de montañas?...  
Sus formas terroríficas y extrañas  
sólo Dios modeló, no la ventura.

Bajo su prodigiosa arquitectura  
se guarecen palacios y cabañas,  
fructifican los trigos y las cañas  
y el abundoso manantial murmura.

Y allá, sobre las cumbres de granito,  
las águilas indianas siempre alertas,  
bajo el dosel azul del infinito,

guardando están de nuestro honor las puertas,  
al ultraje cerradas y al delito,  
á la esperanza y al amor abiertas.

Diciembre de 1898.

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

---

## ALEGORIA.

---

### HORRORES DEL SEPULCRO.

La cabeza del suicida, sus ojos y su cuerpo entraron ya en disolución. La vida hace tiempo que desertó de allí. Se abolió el estertor y las miradas no tienen alma. La prominente mandíbula da á ese rostro el aspecto de una calavera.

Sólo las manos viven. Largas, con las uñas intactas... largas, flacas, desesperadamente largas, arañan y laceran el vacío.

¡Haberse matado para huir del espanto de ser! Haber saboreado de antemano la insensibilidad suprema, y apenas muerto, acabando de trasponer el umbral definitivo, retroceder... ¡ah! muy tarde ya.

Suspenderse á la esperanza hundida, segarse ante el estupor de una nueva existencia y sentir rebelarse el alma ante ese concepto abrumador: *La eternidad*... y con las manos largas, horriblemente largas y crispadas, agarrarse á la antigua vida.

### AMAPOLAS ROJAS.

Amada, mírame con tus ojos claros... Quizá no comprendas lo que voy á contarte; sin embargo, mírame. Ayer, entre las espigas doradas de campo sembrado, vi acá y acullá manchas purpurinas encarándose con el sol abrasador.

Eran amapolas rojas, perdidas, aisladas en la inmensidad de aquel trigal, y al verlas, pensé, amada mía, en los poetas sufrientes y malditos... También ellos están perdidos, aislados en la inmensidad de la muchedumbre humana... En la vida, en medio de los indiferentes, se encaran con el sol de lo ideal, mostrándole la purpúrea marea, arrastrando la formidable llaga de su sangriento corazón.

PAUL MARGUERITTE.

(Tradujo, *Alberto Leduc*).

---



## LAS NUPCIAS DE PIERROT.

(PARA EL PINTOR JULIO RUELAS).

En el bosque aquel, bosque de ensueño y de ilusión, feérico, luminoso, el jardín del Sueño de una noche de verano, el de Oberon y Titania y las travесuras de Puck, había aromas que retenían, brisas que acariciaban, matices de hojas y de flores que atraían la vista para retenerla y seducirla. Como flechas cruzaban pájaros lanzando un piar agudo, preciso, rápido.

Por entre los recortes de las ramas y las hojas, por entre las mallas de los árboles que, como coloridas y complicadas telas de araña, daban sombra, filtrábase una luz que flotaba y envolvía, tiñendo el ambiente, llenándolo de un polvillo azulado que hacía pensar en molidos trozos de cielo. Mezclábanse á la cadencia desordenada del chocar de las hojas y al murmurar incomprensible y atrayente de los pájaros, las risas del arroyo al jugar con las piedras redondeadas y cinceladas por su caricia. Algunos árboles inclinaban sus brazos hacia esa móvil transparencia, mientras las lamas, las yerbecillas de los bordes se doblaban dejándose llevar como si se entregaran.

Y mientras la rama y la hoja, la flor y el fruto bebían la frescura y escuchaban la canción del arroyo, el arroyo se regocijaba y quería ir hacia el perfume; y todos, flor, perfume, frescura arroyo, parecían unirse para gozar y ayudar al bienestar, á la dulce tibieza que todo el bosque, condensado en una sola vida, emanaba; mientras, la tarde descendía lentamente para disfrutar también de su parte en el encanto.

Al final de una vereda, bajo un gran árbol y cerca de margaritas blancas y rosas púrpura, una figura blanca, un rostro pálido, que conservaba una sonrisa, se hallaba adormecida, y aquella figura blanca, que entre margaritas blancas y rosas púrpura, se había adormecido sonriendo, era ¡oh asom-

bro! la del mundano Pierrot, que escapado sin duda de alguna orgía, había ido al bosque y se embriagaba con su perfume. De cuando en cuando sus labios balbuceaban algo que no se oía y su mano, caída sobre una mata de rosas, hacía el ademán de acariciar.

La tarde seguía descendiendo, el polvillo azulado que bien hubiera podido ser molidos trozos de cielo, iba obscureciéndose, haciéndose más cerrado, más denso.

Una enredadera cargada de campánulas azules que como una cortina se extendía entre varios árboles, se abrió; las campánulas se agitaron y un rostro pícaro de mujer, dos ojillos pequeños y vivos como los de un ratón, sonrieron entre las apartadas hojas mientras un dedo blanco y redondo se colocaba sobre los labios en ademán de silencio. . . . . Luego las hojas se cerraron, las campánulas se agitaron de nuevo, la falda de seda crujió y allá lejos, al final de la vereda, aparecían presurosas las siluetas unidas de Colombina y Arlequín, que huían besuqueándose las nuca.

Pierrot continuaba durmiendo, su mano estrechaba una rosa; sus labios sonreían mientras él soñaba. Soñaba—inocente!—con esa misma Colombina que huía y cuya mano había estrechado momentos antes tal cual ahora estrechaba la rosa; pero la soñaba distinta, transformada casi, no quedando de ella sino la belleza: era más maternal, menos coqueta, menos pícaruela, menos identificada con el Pierrot travieso. En su sueño, Pierrot se humanizaba, entraba en sí mismo, se despojaba de su máscara irónica y se sentía lírico, sensible, enternecido. Surgían en medio de sus sueños las ideas de grandeza y de hermosura de las que su gesto se había burlado. Sentía deseos de amar y de ser amado; recordaba pasiones llevadas hasta el dolor y hasta la

muerte á fuerza de ser intensas. Dejaba la parte que de Pierrot tenía para conservar engrandecida la de poeta.

Veíase por extraño fenómeno en ese bosque, ó más bien, en un jardín semejante en algo, pero más ordenado, más simétrico, más cerca del arte que de la naturaleza: había estatuas de Diosas y de Musas, de Reinas y Patricias; había tritones y sirenas que arrojaban chorros de agua azulada por sus bocas de mármol; en las enramadas, en los rincones ocultos y sombreados había faunos que extendían ávidos sus nervudos brazos ó que entristecidos tocaban la syringa; en las viñas, Bacos que sonreían satisfechos en su pedestal sin cuidarse del sol que los tostaba; había grandes y esbeltas balaustradas sosteniendo jarrones donde entre el bronce ennegrecido brotaban flores exquisitas y raras, de aromas venenosos y estrambóticas formas; había estanques donde cisnes de una blancura semejante á la de él, enlazaban los cuellos cuando las aguas estaban plateadas por la noche y en ellas flotaba la luna, su vieja amada. En ese jardín había un inmenso reposo; las horas jamás se determinaban midiéndose, pasaban lentas, perezosas, como si el tiempo temiera introducirse en medio de tanta dicha temeroso de retardarse. Y su amada, la que él soñaba, paseaba ó cantaba ó se adormecía á su lado, diciéndole cosas muy suaves, muy extrañas, como venidas del más allá; cosas que jamás había oído en labios de otra mujer.

Ya el sol iba á morir cuando Pierrot despertó. Llevó una mano á su frente, quiso recordar algo y se volvió haciendo un gesto de resignación y melancolía al ver que sólo estrechaba una flor. Un momento sintió impulsos de llamar, muy poco faltó para que la palabra Colombina saliera de sus labios, pero se contuvo. Se sentía sin deseos de nada, deshecho, lleno de apatía y atolondramiento. Cortó la rosa, la olió y la conservó en sus manos, quedando ahí, sin moverse, mirando á lo lejos y respirando con satisfacción. De su sueño no le quedaba sino el perfume y la vista de alguno que otro resto de paisaje.

Un viento fresco comenzaba á soplar; los broncees y los oros del crepúsculo que luchaban á lo lejos sin querer acabar de hundirse tras la montaña, enviaban algunos resplandores al bosque solitario.

Un momento llegó en el que Pierrot creyó que de nuevo soñaba aunque muy abiertos estuvieran sus ojos y muy marcado el estupor en su lívido rostro.

Porque lo que veía sólo podía ser, en efecto, visión de un sueño. En medio de un suave resplandor de oro había dos mujeres: las dos mujeres más extrañas que los poco asombradizos ojos de Pierrot hubieran jamás visto. La una llevaba un traje excepcionalmente extraño, abigarrado, de una forma que era la negación de la forma; lo miraba con ojos tristes y dilatados en los que parecía verse viva llama; su aspecto era enfermizo, pero sonreía y sus enigmáticos ojos parecían contentos de mirar y de

vivir; no hablaba y en su frente había la obsesión de una idea fija. La otra parecía ser su hermana, una hermana más bella; en lo que la revestía, muy extraño también, había todos los colores, pero perfectamente armonizados; en su gran cabellera luminosa, sin que se supiera si por ella misma ó por el oro que flotaba, había flores como las de aroma venenoso y estrambótica forma que Pierrot viera en su jardín soñado; en los ojos de esa mujer había todos los caprichos, todas las promesas, todos los ensueños y las quimeras; cuando miró á Pierrot, Pierrot sintió vértigo, creyó perderse, hundirse en algo desconocido, la muerte acaso. Vió ó comprendió más bien que una mano lo detenía, y después de un momento volvió á abrir los ojos pudiendo mirar, sin alterarse, esos ojos que lo habían trastornado y que expresaban ahora la más completa tranquilidad; sólo en su sonrisa había algo que no podía expresarse humanamente.

—Que loco soy—pensó—sin duda mi cerebro no anda bien. ¡Haber visto el más tormentoso mar donde sólo hay el más apacible lago!

La dama de los ojos dilatados y aspecto enfermizo, atrajo hacia Pierrot á la dama de los cabellos resplandecientes y la sonrisa inexplicable, y unió sus manos mirándolos largamente.

“Pierrot—dijo luego—muchas veces he estado á punto de besar tu frente con mis labios que abrasan y queman, pero que á veces suelen ser dulces—el dolor y la dicha caminan á veces tan de cerca! No lo he querido porque tú sufrirías tal vez. Conozco todas tus secretas amarguras y tus deseos más secretos aún, porque he penetrado al fondo de tu *alma lírica y hermosa*. He traído para tí, por eso, una esposa que va á darte la tranquilidad y la dicha que hasta hoy no has conocido ni un momento. Yo sigo mi ruta, mi eterna ruta, incansable, puesto que mis pasos siguen muy cerca á los de la muerte; voy besando frentes que serán mías hasta que Ella quiera recogerlas; soy la Locura, pero antes de partir quiero celebrar tus nupcias con mi hermana. Desde hoy es tuya.”

—Y se llama?—preguntó Pierrot un poco repuesto de su asombro.

—Llámala el Ideal, dijo la Locura alejándose.

Pierrot la siguió con los ojos sin poder distinguirla. Cerca de él pasaron Colombina y Arlequín, pero él nada sintió al verlos. Parecía otro hombre ó que jamás los había conocido; á corta distancia de ellos caminaba una figura obscura que él creyó reconocer.

Siguiendo á su nueva esposa á quien sentía haber amado desde hacía mucho tiempo, pensaba todavía en esa figura, hasta que al llegar la noche y distinguir á lo lejos un brillo especial, dió un golpe en su frente, diciendo:

—Ahora recuerdo, es la muerte, pero contigo nada tengo que temer, ¿no es verdad, alma mía?

Un beso cerró sus labios.

BERNARDO COUTO CASTILLO.

## XXIII EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.



SUPPLICIO DE CUAUHEMOC. (CUADRO DE LEANDRO IZAGUIRRE).

## SÁTIROS Y NINFAS.

La Cólquida. Un oasis de plátanos dorados.  
 Un pequeñito prado abierto. Entrelazados,  
 los bejucos hamacas fingen de rubia seda.  
 Abajo, en un declive, murmurio de agua leda.  
 Alborada: las tintas bermi-jaldes del orto.  
 ¿Qué es lo que mira Sirio rezagado y absorto?  
 Sobre el tapiz de Persia del musgo verde-umbrío,  
 uno, dos, cinco sátiros ha acurrucado el frío.  
 Al fulgor tremulado se ven yacer dispersos,  
 es un soberbio asunto de alejandrinos versos.  
 Aclarece, y adviértese una ventruda cuba  
 yacente y derrumbada. Cuando en su carro suba  
 Faetón, á las abejas verá tornar hambrientas...  
 ni una gota de Lesbos á las fauces sedientas  
 dejaron los borrachos en su sed insaciable!  
 Murió roto un carquesio de barro deleznable;  
 pero antes fué durmiendo con sueño de alegría  
 á la legión faunática en placeres bravía.  
 Su airado ojo de ciclope Sirio en el cielo eclipsa:  
 la cornamenta luenga de un sátiro se elipsa  
 y cuerna la entropierna de sus patas peludas;  
 doblado en dos, semeja las arañas velludas.  
 De otro la boca abierta es un panal de moscas;  
 á golpe lapidario la mueca de sus toscas  
 fauces, grabó el dios Momo para solaz de Puck,  
 y surgió lo grotesco del faunático block!  
 Otro yace de vientre: de espaldas atezadas  
 por el perpetuo espasmo briosas y electrizadas,  
 sólo muestra que vive, en su rabo cabrío  
 y tiene sus mechones perlados de rocío.

Otro, echado de espaldas, sueña sueños carnales:  
 una fragua es el soplo de sus fosas nasales,  
 y tiene un pie caprino en tensión de cordaje  
 y el otro contraído en brusco anquilosaje.  
 El último, el más joven, con los ojos abiertos  
 deja al frescor del aura sus instintos despiertos:  
 la nube de su orgía evaporóse, y siente  
 ansia de otros placeres ignotos... De repente,  
 de un salto se incorpora, acecha, presta oído...  
 ¿del trigono y el aulos no es acaso el sonido?...  
 Oye un canto que es flébil cantar de abejarucos,  
 se arrastra sobre el vientre y entreabre los bejucos,  
 y sin aliento quédase suspenso y arrobado:  
 Es un grupo de ninfas. Unas vuelan á nado,  
 y á flor de agua semejan nereidas oceanidas;  
 otras cantan celestes cantos de amor heridas  
 y al hermoso Narciso reclaman plañideras  
 y á Endimión, el dormido en sopor de adormideras...  
 Lánguidas y yacentes, sueñan enamoradas;  
 las nadadoras brillan de rubio sol besadas,  
 y al aire desceñidas las cabelleras blondas  
 refrescan su caliente alabastro en las ondas...  
 Una vibra los crótalos del tímpano sonoro,  
 otra la lira jonia tañe con plectro de oro,  
 otra la doble flauta, de pie en musgosa piedra,  
 y otras arbolan tirsos coronados de hiedra...  
 El sátiro, abstraído, respira como fragua  
 y sus ojos flameantes van del ribazo al agua;  
 de pronto, temeroso de que huyan las ninfas  
 si despiertan los sátiros y bajan á las linfas,

va sigiloso, muévelos, y sobre el labio el dedo hace que se estremezcan de sorpresa y de miedo. Esperezan en cruces sus dos brazos de simio, abren sus secas fauces en un bostezo eximio, y no bien la sentida canción de abejarucos oyen, de un salto se irguen y entreabren los bejucos: La danza de las ninfas ha principiado á Ceres, y en loor de la diosa de los florales seres, han desceñido el palla talar de sus caderas, no cubren con el peplo sus luengas cabelleras, el strophion no oculta sus pechos erectados, ni el masthotenion ciñe sus flancos. Arrobados siguen los cinco sátiros el ritmo del pirriquio y se estremecen presos en un carnal deliquio... Una blanca amadriade adolescente y bella, que tiene en sus ojuelos tenue fulgor de estrella, reclina su blancura en el prado florido, y arranca de su cítara un doliente gemido... Presurosas las náyades salen de la fontana y vieneñ sonrientes á oír: de la mañana los haces refulgentes acarician y quiebran su luz y en los cabellos de las ninfas se enhebran, esmaltan los perfiles, los contornos avivan y pequeñas penumbras ruborosos esquivan... Ya de las danzadoras la danza languidece, su cintura flexible un débil ritmo mece y á un acorde del trígono, del aulos y la lira, en una cadenciosa genuflexión espira... Queda sola la cítara de la blanca amadriade y oyéndola, á las bellas dulce tristeza invade; se agrupan silenciosas en torno de la ninfa, y solamente lloran la cítara y la linfa... Silvano, el fauno efebo, ha desaparecido y ha vuelto cauteloso. Un vívido sonido que es miel por lo suave, que es áurea y fresca nota de pájaro, ignorado de entre la selva brota: los ojos de las ninfas se buscan azorados, sus tiernos corazones laten apresurados y no obstante, ellas sienten una ventura extraña, que subyuga y atrae, que fascina y que daña... Silvano en su syringa modula ardiente idilio ¡oh la del boquirrubio Alexis de Virgilio! y las límpidas notas vivas y apasionadas de las siete cañuelas se escapan en parvadas... Centellean los ojos de la faunalia espuria henchida de lascivia, de uror y de lujuria... y las ninfas absortas oyen del caramillo el gorjeo en un éxtasis... Cual relámpago el brillo de sus ojos los sátiros cruzan y se comprenden y en galope frenético el declive descienden. Ante el tropel faunático súbitas se levantan las desnudas yacentes y gritan y se espantan y locas se dispersan con palidez de muerte y á sus pies fugitivos encomiendan su suerte... ¡Pero ya es tarde! un sátiro cae sobre su presa, una driada que prende su cabellera espesa en un rosal: dos náyades al ir á echarse á nado, son cogidas la una del tobillo rosado, la otra por las pomas del opulento torso que el sátiro azga rápido en atrevido escorzo: y la amadriade blanca de dormidos ojuelos se deja alzar raptada del lecho de asfodelos... Los cuatro interseccionan los puntos cardinales y huyen á la espesura, á sus bodas nupciales... y en el paisaje eglógico de plátanos dorados

solamente se escuchan los sonos encantados de la syringa: el sátiro soñador, á su anhelo carnal, prefirió su arte que lo encumbraba al cielo!

RUBÉN M. CAMPOS.

México, 1898.

---

## DEL "SALON IDEAL."

---

### ALCAZAR EN LA PLAYA.

Cuadro de Arnoldo Boecklin.

Sobre bloques basálticos que ahuecaron los arietes de las antiguas tempestades; entre los brazos abiertos de los pinos y la masa monumental de los cipreses fúnebres y egregios, asoma el alcázar de Boecklin, sus arquitecturas suntuosas y lamentables; la terraza marmórea donde diríase que acaba de morir una reina ó de terminar un festival; el torreón patinado por las brisas marítimas en cuyo recinto, quizá, un hermético Barba-Azul destila los filtros del amor y del odio; entre cuyos muros carcelarios encanece tal vez una princesa enamorada ó se anquilosa, bajo la herrumbre de su armadura, algún cautivo paladín... Por la escalinata derruida que baja de las altitudes boscosas para juntarse en la playa con la agonía de las olas gemebundas, diríase que ha descendido la fuga de un inmenso pánico; un tropel clamoroso arrojado desde la cumbre palatina por el lívido espectro de la Peste ó por el rojo fantasma del Incendio... El viento que llega del mar trae en su brutal polifonía la angustia de las sirenas y la cólera de los tritones y al envolver al alcázar entre espumas y clamores, enreda en los ásperos cipreses las grandes alas de las gaviotas muertas. Y ante las olas que se rompen arrojando al desbaratarse los lamentos del lejano naufragio; entre el viento que dobla los copos de los grandes árboles, envuelta en negro peplón, llena de taciturnas lasitudes, hay una figura de mujer, agobiada é inmóvil como el telamón de un mausoleo. Al pie del inquietante alcázar, frente al adverso mar, medita, nueva Safo, sepultarse en sus amargas olas, ó espéra como Senta el arribo del errante bajel...?

---

### LA ELECCIÓN DEL VESTIDO.

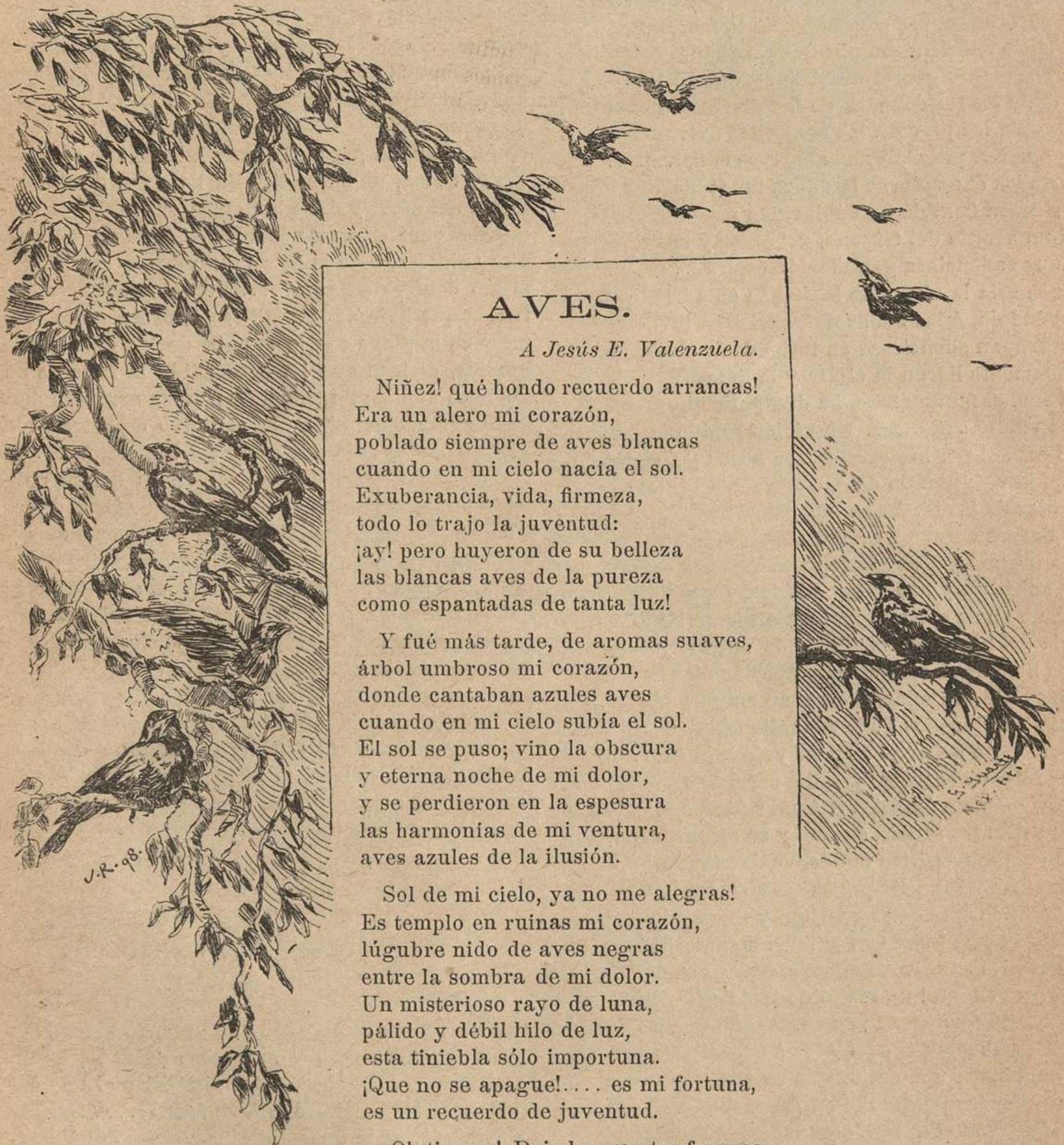
(Estampa de Toyokuni).

La cortesana de cuerpo ondulante, de blanca faz hierática y de negro y aparatoso peinado, ha de llamarse con delicioso nombre simbólico «Luna del alba», «Botón de iris» ó «Nieve Azul»... Cortesana princesa, hada de los kioscos verdes del Yoshiwara, ha de cantar al son de la *biwa*, arcaicas leyendas de amor y de heroísmo, é iniciada en todos los refinamientos cortesanos, en todos los misterios venusinos, ha de decir, al exhalar la primera voluta del pevetero de bronce, el nombre del per-

fume que arde y en el silencio de las noches nupciales surgirán de su boca los ochenta ósculos enervantes de su ritual erótico. . . . Mientras, entre un hacinamiento de trajes de aparato, elige el *Kirimón* que vestirá esa tarde. Tiende su mano llena de impulsos y de arrepentimientos. . . . Hay una túnica heroica y majestuosa en cuya sedeña negra, bordados en oro, luchan dos dragones con enlazamientos furiosos; hay una túnica en que albea la tristeza, el luto blanco del Japón, y alzando un vuelo emigrante, cruza su polar blancura un bando lejano de aves grises. . . .; hay una túnica de tierno verde acuático donde los lirios heráldicos bordan sus volutas de luminosa nieve; hay una túnica color de claro de luna donde vuelan pardos murciélagos; hay una túnica color de tarde de otoño sembrada de plumas flotantes; de pétalos arre-

batados y de regueros de polen; hay una túnica de púrpura cruzada por arroyos de plata; hay. . . . Con qué túnica vestirá ese día su codiciado cuerpo la regia cortesana? La ha encontrado al fin! El feliz vestido será aquel teñido con el matiz que el capricho de un emperador hizo encontrar á la paleta china; será aquel de azul moribundo color de «cielo después de la lluvia.» Lo vestirá, atravesará lentamente la avenida de almendros sacudida por la brisa vespéral y cuando doce golpes de gongo anuncien á su amante de aquella noche, el embajador de Corea la contemplará envuelta en su manto de azul indefinible que habrá salpicado una blanca lluvia de pétalos, descendiendo hasta ella desde los almendros floridos. . . .

JOSÉ JUAN TABIADA.



## AVES.

*A Jesús E. Valenzuela.*

Niñez! qué hondo recuerdo arrancas!  
Era un alero mi corazón,  
poblado siempre de aves blancas  
cuando en mi cielo nacía el sol.  
Exuberancia, vida, firmeza,  
todo lo trajo la juventud:  
¡ay! pero huyeron de su belleza  
las blancas aves de la pureza  
como espantadas de tanta luz!

Y fué más tarde, de aromas suaves,  
árbol umbroso mi corazón,  
donde cantaban azules aves  
cuando en mi cielo subía el sol.  
El sol se puso; vino la obscura  
y eterna noche de mi dolor,  
y se perdieron en la espesura  
las armonías de mi ventura,  
aves azules de la ilusión.

Sol de mi cielo, ya no me alegras!  
Es templo en ruinas mi corazón,  
lúgubre nido de aves negras  
entre la sombra de mi dolor.  
Un misterioso rayo de luna,  
pálido y débil hilo de luz,  
esta tiniebla sólo importuna.  
¡Que no se apague! . . . es mi fortuna,  
es un recuerdo de juventud.

¡Oh tiempo! Dejo las puertas francas;  
veloz penetra, que si es verdad  
que todo arruinas, que todo arrancas,  
cual las azules, como las blancas,  
las aves negras te llevarás.

LUIS G. URBINA